

ner que considerar esquizofrénicas muchas más manifestaciones artísticas que las de la pintura expresionista: todo el arte musulmán, por ejemplo, con sus ornamentos geométricos hechos de arabescos, es decir, de polígonos abiertos; con su horror a pintar, esculpir o bordar seres vivos; con sus jardines íntimos, recoletos, limpios de perspectiva; con la monotonía de sus ritmos musicales, carentes de armonía; con sus imágenes poéticas en que el recuerdo está siempre muerto y no se intenta reavivarlo como hacen nuestros poetas con sus viejos amores. Pero todo eso—lo resaltó *Massignon* en un bello estudio— está preconcebido, tiene un sentido y deriva de una imposición extraña al artista: la tradición musulmana prohíbe la reproducción de formas y figuras humanas porque ello sería orgulloso intento de imitar al Creador. Las mismas figuras de animales vale más que se representen cercenadas de modo que recuerden una flor, y las flores deben verse como petrificadas y sin vida. Nada debe crear el hombre que tenga aire animado y pueda resultar imperecedero, pues en la Teología musulmana la duración no existe, solo Dios es permanente, y Satán «ha sido condenado—según una vieja sentencia— a enamorarse de las cosas que pasan, y por eso llora».

La forma y la duración en el arte musulmán son así, poco más o menos, tan anómalas—para nosotros— como las vemos en el esquizofrénico; pero allí no salen de dentro del artista, no expresan la propia impulsión irracional perturbada, sino que son guiadas desde una concepción y con un sentido más coherente, comprensible y, en cierto modo, racional.

Algo por el estilo puede decirse—brevemente—de las artes rítmicas. Las composiciones musicales de es-

